

Miguel A. Montalvo.

~~M. A. Montalvo~~

REINALDO
Y MARIA

POEMA



GUAYAQUIL
IMP. Y LIT. DEL COMERCIO
—
1902.

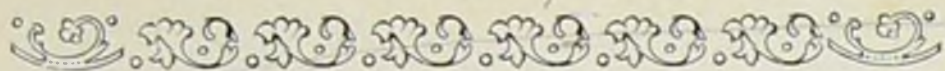
Un afectuoso recuerdo al
estimado amigo F. Misboles, de
parte de su servidor



—MIGUEL A. MONTALVO—



[Handwritten signature]



•LECTURA NECESARIA•

MUCHO debo á mi padre: ¡la vida!
En retorno hasta hoy, ¡unas escasas lágrimas sobre su tumba, uno que otro suspiro á su veneranda memoria!

¡Yo apenas saludado había los primeros destellos de la aurora de la cuna, el ocaso aterrador del sepulcro, le recibí en su seno tan misterioso como negro.....!

Disperté á la razón, y lo que primero balbucear pude, fué: madre; lo segundo: huérfano; después..¡ah! ¡vine en conocer que me faltaba algo así como la mitad de la existencia!: lloré; pero, tanta desventura, no era para remediada; ni el

caudal de mis lágrimas mudas, para llenar aquel funesto vacío. Hoy, hombre, no lloro yá: ¡el tiempo ha congelado la fuente! Pero, por faltarme ese consuelo, he buscado el de escribir REINALDO Y MARIA, para significarle, en esta ofrenda, que él vive, arrullado por mi cariño, en la mitad de mi alma.

No aspiro á que mi ensayo humilde, sea, ni sombra en las Letras Ecuatorianas. Los que pretendan encontrar en él, pulidas y bien torneadas expresiones; los que anhelan de atrevimiento y donosura en el concepto; los que ansíen perderse en ignaras regiones, siguiendo la estela luminosa de una imaginación fecunda; no vayan más allá de esta advertencia. Yo canto como puedo, porque canto para mi Padre.

Si en veces diere yo, algunas dulces notas; la sombra bienhechora del autor de mi existencia, como sagrada brisa, flote sobre mi espíritu marchitado; si fueren discordantes todas, hijo suyo soy, él sabrá disculparme como padre amoroso.





REINALDO Y MARIA.

I

¡Cuán dulces y cuán tristes
Volvéis á visitarme,
Memorias halagüeñas
De mi infantil edad!
Mis días de ventura,
Tornáis á recordarme;
Difuntas alegrías,
Venid á consolarme,
Venid, que vuestra ausencia
Me mata de orfandad!

II

Vosotras sois el bálsamo
Del alma atribulada
Que tiene el, solo acerbo,
Consuelo de llorar.
Alzaos presurosa,
Innúmero bandada
De castas ilusiones;
Volved á la morada
Azul, donde solías
Traviesas revolar.....

III

De trecho en trecho, tienen
 Los Andes orientales,
Casi entre el Pumachaca
 Y el nudo del Azuay,
Alegres mecetillas,
 Cortadas por ramales
Que forman escarpados,
 Inmensos peñascales,
En donde repercuten
 Los gritos del Sangay.

IV

En una pintoresca
 De aquesas mecetillas,
Cual grupo de palomas
 Dispuestas á volar,
Y de un despeñadero
 Profundo, á las orillas,
Se están las casas blancas,
 Humildes y sencillas,
Del pueblo, en donde vamos
 La historia á principiar.

V

Mi padre, en el sepulcro
 Fatídico, caía,
A tiempo que en la cuna
 Un niño apareció.....
¡Ay! sólo me quedaba
 La tierna madre mía,
Que envuelta en sufrimientos,
 Henchida de agonía,
Llorando por su esposo,
 De mi niñez cuidó.

VI

Y luego que en tinieblas
 Mi hogar estuvo hundido,
¡Que el sol en el ocaso
 Por siempre se perdió,!...
La hermana de mi padre
 Dejó su patrio nido,
Y al triste de nosotros
 Habiéndose venido,
La antorcha del consuelo
 Su clara luz nos dió.

VII

MARIA, mi delirio,
 A quien acaso apenas
 Bañó, de cinco lunas
 La suave claridad,
En brazos de su madre,
 (¡Deíficas cadenas,
Que nunca dan cuidados,
 Que siempre quitan penas!)
Se vino rebosando
 Amor, felicidad.

VIII

Mi casa solariega
 Era uno como nido
Cuidado por dos madres
 Con dulce frenesí:
¡Qué célicos gorjeos
 Habránnos adormido!
¡Qué amores, qué ternezas
 Habremos aprendido,
MARIA, mi esperanza,
 Y yo, creciendo allí!!

IX

Asidos de las manos,
Cual ángeles gemelos,
Salían de la casa
Los campos á correr,
Buscando flores gayas
El par de rapazuelos;
Y luego que llegaban,
Sólo eran sus anhelos,
Hermosas y fragantes,
Poderlas recoger.

X

Durante largos ratos,
Por sotos y laderas,
En busca de algún nido
Pasábamos los dos,
O en la feraz llanura
Jugando á las carreras,
O en el dorado tamo
De las redondas eras,
De inquietas mariposas
Lanzándonos en pos.

XI

Cansados, á la tarde,
Y al toque de oraciones,
Al tibio claroscuro
Del último arrebol,
Volvíamos con dulces
Y gratas sensaciones,
Soñando en las amantes
Y tiernas bendiciones
Que inquitas nos buscaban
En nuestro hogar sin sol.....

XII

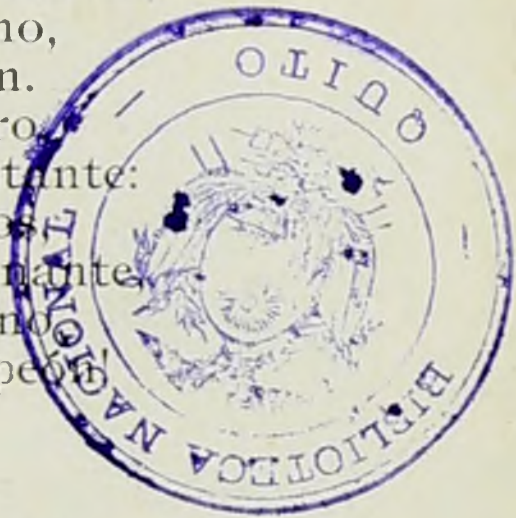
En él, las madres nuestras
 Fingiendo, en sus excesos
 De amor, que nos querían,
 Muy serias, corregir;
 Al vernos, regañaban:
 ¡Qué niños tan traviesos!...
 Después, muchos abrazos,
 Después, ardientes besos:
 ¡Las madres siempre suelen
 Así reconvenir!

XIII

Como era de entre todos
 Yo, el niño más tunante,
 Me puse de mi hermano,
 Un día, su morrión.
 Junté del Pueblo entero
 Muchachos, al instante:
 ¡Vosotros sed soldados!
 Les dije, en voz tonante,
 Que yo como más digno
 Seré vuestro campeón!

XIV

Por eso los granujas,
 Llenando de algazara
 Mi calle, se venían
 En grupos y en tropel,
 Gritándome de lejos:
 —¿Por qué no se prepara
 Por dar al enemigo,
 Que ya se nos encara,
 De nuevo un escarmiento,
 Bizarro Coronel?



XV

Tomando mi escopeta
Formada de carrizo,
Mi gorra, mis presillas,
Mi espada de latón,
Torciéndome un bigote
Que sólo era postizo,
—A ver, yo les gritaba,
Oyendo aquel aviso:
¡Soldados, por la Patria,
Morir es un blasón!

XVI

En tanto, por la loma
Cercana, y la pradera,
Con pitos y clarines
Y al golpe del tambor,
Erguido y arrogante,
Marchando á la ligera,
Se viene el enemigo,
La mano en cartuchera,
Y paso al trote, dando
Señales de valor.

XVII

Mi gente está briosa,
Y presto, cabalgando
En gruesas cañabravas,
Dispónese á luchar:
Todo es un alboroto:
Los únos disparando,
Los ótros, en las piedras,
Sus lanzas afilando,
Los más, á sus corceles
Haciéndolos piafar.

XVIII

—¡Muchachos (en mi arenga)
Es hora, les decía
De dar hasta la sangre
Por nuestra libertad!
Y ¡tercien!...¡y de frente!...
Mas, muda, mi MARIA
Temblando cavilosa
Lloraba y me veía
Partir á la batalla,
Ya muerta de ansiedad.

XIX

Atleta que, en la liza,
La palma y los laureles
Del triunfo arrebatava,
¡Ese era siempre yo!...
Quería, vanidoso,
Con esos oropeles,
Sus besos conquistarme:
Que siempre ante esos fieles
Testigos, inocentes
Y dúlcidos, me dió.

XX

Altivo y satisfecho
Volvía á la tarea...
Chupándome en los labios
El dulce premio aquel;
Y loco, acariciando
La hermosa y grata idea
De verme victorioso
De nuevo en la pelea,
Entraba á los combates
Soñando en el laurel...

XXI

Un día, al contemplarme
Cual siempre, victorioso,
MARIA, con angustia,
Me vuelve á repetir:
—Mamá, REINALDO mío,
Contó que es peligroso
El arte de la guerra,
Que todo valeroso,
En los funestos campos
Acaba por morir.

XXII

No quiero que allá vayas:
Rompamos tu escopeta,
Tu gorra, tus presillas,
Tu espada y tu corcel.
A mí me asusta mucho
El són de la corneta:
Yo quedo muy solita,
Yo quedo muy inquieta,
Si vienen los *soldados*
En pos del *Coronel*.

XXIII

Escúchame, REINALDO,
Juguemos otro juego,
Que lloran mis muñecas,
Cuando de aquí te vas.
Es fuerza que ya cedas
A tanto y tanto ruego:
Te voy á dar mi dulce
De la comida, y luego
Tú vas á prometerme
No ser *soldado* más.

XXIV

—Pues bien, si así lo quieres...

Juguemos á la misa,
Y mientras yo componga
Con flores el altar,
Mi bien, al campanario,
Tú súbete de prisa,
Y haciendo una campana
Del tarro grande, avisa
A todos los muchachos
Que voy á celebrar.

XXV

Al punto mi MARIA,
Oyendo mi mandato,
Llevóse á la azotea
El tarro de latón:
Tocó, por dar repiques,
Más bien un arrebató;
Con todo, los chiquillos,
Después de corto rato,
Vinieron á la misa,
Con santa devoción.

XXVI

A poco, en la capilla
Yo estaba *revestido*,
La misa principiando
Con inocente afán.
Los múltiples devotos
Que habían concurrido,
Se estaban de rodillas,
Con rostro compungido;
Y era *ella*, la más *nene*,
Mi lindo sacristán.

XXVII

Algunos latinajos
Muy seria y cabizbaja,
Con esa media lengua,
Quería pronunciar,
Y aun era de mirarla
A tan preciada alhaja,
Del úno al otro lado
Pasándo, esa migaja,
El libro en donde el *Cura*
Rezaba en el altar...

XXVIII

Mas vino ensombrecida
De pena; al otro día
Cogióme de las manos
Con dulce frenesí;
Y haciendo pucheritos,
—REINALDO, me decía
Anoche conversaron
Tu madre con la mia,
¡De cosas tan funestas!,...
Escucha lo que oí:

XXIX

“REINALDO, si en sus juegos,
Demuestra amor tan puro
De ser aquí en la tierra
Levita del Señor:
Tu niño, hermana mía,
Será, te lo aseguro,
Ministro que en las almas
Derrame, en lo futuro,
La paz del Evangelio
De nuestro Salvador”

XXX

“Para él, en esta vida
Los lauros y placeres
Serán aristas secas
Que arrastra el aquilón;
Y esclavo de la gloria
De Dios y sus deberes,
Renunciará por siempre
Riquezas y mujeres:
¡Los ídolos que adora
Sumiso el corazón!”

XXXI

Sí, veo que es muy bueno,
De tu alma en lo profundo,
Que quieras las virtudes
Solícito esculpir;
Mas nunca de mis brazos,
Por nada de este mundo,
Quisiera que te arranquen...
¡Tal golpe furibundo,
Me fuera más horrible,
Más duro que morir!

XXXII

Te ruego, mi REINALDO,
Que dejes tu *ornamento*,
Que dañes lo más pronto
¡a torre y el altar:
¡No quiero separarme,
Mi paz y mi contento,
De ti, que eres de mi alma,
El fresco y suave aliento,
De ti, que eres del pecho,
Mi dulce palpitar!

XXXIII

Con estos inocentes,
Ternísimos gorjeos,
Me hería en lo más hondo
Del niño corazón;
Y luego, mis caprichos,
Cediendo á sus deseos,
¡Rompía mis juguetes,
Que los hallaba feos,
En nombre de la que era
Mi ciega adoracion!...

XXXIV

Soñando y satisfechos,
Y envueltos en la aurora
Azul de la inocencia
Del sol de la niñez,
Pasábamos gozando
De vida encantadora:
¡Todo eran infinitos
Placeres á cada hora,
Caricias sin medida
Y mágica embriaguez!

XXXV

Cual plácidas vertientes
Que brotan separadas,
Y llegan en un punto
Sus aguas á juntar,
Y corren de allí unidas,
Por pampas saturadas
De aromas y de flores,
De brisas perfumadas,
Al piélagó sombrío,
Sus ondas á dejar;

XXXVI

Así de la existencia,
Brotaron, en la fuente,
Su vida, cual murmurio,
La mía, cual raudal.
Por obra del destino,
Se unieron de repente,
Y fueron nuestras vidas
La límpida corriente,
Que fué, por entre encantos,
Llevando su cristal...

XXXVII

¡Ay! vino la desgracia:
La madre de MARIA,
A sus remotos lares,
Propúsose tornar...
Hoy mismo, que recuerdo
Lo aciago de ese día,
Me asaltan convulsiones
De atroz melancolía,
Y el llanto, entre mis ojos,
Asoma á mi pesar.

XXXVIII

Era una encapotada
Mañana de difuntos,
Aquélla, en que la triste
Noticia se nos dió.
Heláronnos la sangre
Tan lóbregos barruntos,
Que al golpe inesperado,
Los lívidos trasuntos
De un muerto, entre los vivos,
Tal fuimos ella yo!

XXXIX

¡Silencio en nuestros labios!...
Tan sólo de la herida
Manaba á borbotones
La cruel acerbidad...
Guardaban nuestras almas,
Callada y comprimida,
De lúgubres suspiros
Y lágrimas sin vida,
La inmensa y formidable,
La ruda tempestad.

XL

Después, por vez primera,
La ví, que entre sonrojos,
Lloraba el llanto crudo
Y acerbo del dolor...
Entonces, del camino
Pisando en los abrojos,
Mis lágrimas ardientes
Brotaron á mis ojos,
Brotaron cual primicias
De un infeliz amor.

XLI

¡Mañana la más dura
De todas las mañanas,
Era ella, de un sollozo
La triste vibración!.
Allá, sobre la torre
Doblaban las campanas,
Acá, junto á mi madre,
Llorando mis hermanas,
Me daban, á que apure,
La hiel de la aflicción.

XLII

¡Qué angustia matadora!,
 ¡Oh Dios!, ¡qué pena horrible!
 Sentí cuando dijeron:
 “Es hora de partir,
 Que monte ya MARIA...”
 ¡Montar!.....¡era imposible,
 Que estaba sin sentidos
 Del golpe tan terrible,
 Con que el destino fiero
 Cruel la supo herir!...

XLIII

Después de muchos, muchos,
 Solícitos cuidados,
 El síncope nervioso
 Por fin le abandonó:
 Y pálida y sombria
 Sus ojos anegados
 En llanto, despidióse
 De amigos y allegados,
 Y trémula y callada
 La virgen, cabalgó,

XLIV

El Pueblo, de quien era
 El ídolo, mi tía,
 En gruesa cabalgata
 La vino á acompañar;
 Y en grupo doloroso,
 Al medio mi MARIA,
 Partimos...yo llevando
 El alma en agonía,
 Que Horóscopo sañado,
 Nos iba á separar...

XLV

Partimos... ¡ese avío
 Más bien se asemejaba
De grandes funerales,
 La muda procesión!:
Sus fúnebres plegarias
 La esquila redoblaba,
El pueblo que en contorno
 Gimiendo, nos aviaba,
Cual suelen á los muertos
 Camino del panteón.

XLVI

Salvado ya que hubimos
 Lo largo de la cuesta,
Merced al férreo casco
 Del ágil alazán;
Paró la comitiva
 En medio una floresta—
Poético remata
 De la pendiente enhiesta—
Y el triste, á los viajeros,
 Postrero adiós, les dan.

XLVII

Sonó la cruel palabra,
 Emblema del olvido,
Sentí la vista oscura,
 El cuerpo me tembló,
Estalla en mi cabeza
 Un infernal ruído,
Los cerros dieron vueltas,
 Caíme sin sentido,
Que el suelo, de mis plantas
 Sentí veloz que huyó.

XLVIII

Después, ardiendo en fiebre,
Tendido sobre el lecho,
Los párpados hinchados
Y rojos, desperté:
Hallé que gravitaban
Montañas en mi pecho,
Sentí rasgarse el alma
De pena, y de despecho
Quitarme hasta la vida
En mi dolor, pensé.

XLIX

Enfermo del espíritu,
Y en busca de consuelo,
De mi ángel á la alcoba
Con ágil planta fuí.
En ella, sus caricias
Que hacían mi desvelo—
Estrellas solitarias
De mi nublado cielo—
Clarear, en mi memoria,
Cual mansa luz, las ví.

L

Y ví su blanco lecho
Cual nido abandonado
De pájaros que han ido,
Sus alas á ensayar...
Creí que le escuchaba
Su acento delicado,
Cuando iba, en las mañanas,
Amándola y amado,
A verle yo á la virgen
Que supo en mí soñar.

LI

El terso y grande espejo
Me hablaba de MARIA,
Con todos sus encantos,
Con todo su candor;
Sus cintas, sus encajes,
El cofre en que tenía
Su pelo: todo, todo,
El alma me partía
De negra pesadumbre,
Por mi primer amor...

LII

¡Amarga era mi vida!...
Yo amaba el cementerio.
De tarde en tarde, triste,
A visitarlo fuí:
Allí de los sepulcros,
La calma y el misterio,
Tan sólo me agradaban,
Porque eran refrigerio
De las dolientes ansias
Que en mi niñez sufrí...

LIII

Quedé muy quebrantado:
El cuervo de la pena
Abrió sus negras alas,
Con ellas me cubrió:
Su sombra, á sufrimientos
Eternos, me condena:
¡Ay! mi alma, de Nostalgia
Atada á la cadena,
Su soledad y duelo,
Sin término lloró.

LIV

Y viendo que á morirme,
Muy próximo me hallaba,
Mi buena madre quiso
Que vaya á la ciudad...
Allá podrás curarte,
Diciendo, me besaba;
Y mientras ella misma
En lágrimas se ahogaba,
No llores, me decía,
Eso es debilidad.

LV

Mi santa madre viendo
Mis torvos sinsabores,
Su amor sacrificando
Al mío, pretextó
Que vaya y que me cure
De todos mis dolores...
Tan sólo porque á *ella*
Le muestre ¡ cuántas flores,
Del árbol de mi vida,
Su ausencia marchitó!

LVI

Era una azul mañana
Aquélla en que á mi puerta,
Robusto y orgulloso,
Piafaba mi alazán.
La curva de los cielos
Brillaba descubierta;
Y en la alma de mi madre
Que estaba como muerta,
Las sombras de la pena,
Anocheciendo están.

LVII

—La muerte de tu padre,
 De mi querido esposo,
 ¡Ay! huérfanos al mundo
 Dejónos á los dos:
 ¡Te vas, mi compañero,
 Humilde y cariñoso,
 Quitándome la vida,
 Robándome el reposo,
 Mi madre, murmuraba,
 Al darme el cruel adiós!

LVIII

Te vas y en tu semblante
 Se pinta la alegría;
 Me quedo y en mi pecho,
 Hay duelo y nada más.
 Allá serás dichoso
 Al lado de MARIA;
 Acá, será tu madre
 Sin ti, mi compañía,
 La viuda sin apoyo,
 La anciana sin solaz.

LIX

—Me voy, me voy, ¡oh madre!
 Le dije, y con presteza,
 Montando mi caballo,
 Muy rápido partí,
 Huyendo de ese abismo
 De angustias y tristeza,
 Mirando á mi MARIA
 Radiante de belleza,
 En la urna de mis sueños,
 Do amándola viví.

LX

Y cuando ya la bruma,
Del sol á los reflejos,
Huía, á la floresta
Del síncope... llegué.
¡Adiós, les dije entonces
Mirando allá, á lo lejos,
Mis tumbas y mi torre,
Mis lares en bosquejos,
¡Adiós, casitas blancas!,
¡Adiós!, ¡adiós! grité.

LXI

De súbito el deseo
De ver á mi MARIA,
Como astro enamorado
En mi alma escintiló:
Que hermosa y seductora,
Cual la virgen poesía,
Se muestra ante mis ojos,
A darme, de Alegría
Que escancie la ventura,
Que Ausencia me robó.

LXII

A poco, de mis campos
El aura susurrante,
La sombra de mi techo,
Mi cielo claro, azul,
Bañado por el oro
De un sol reververante,
Mi playa de esmeralda,
Mi río murmurante,
La cima de mis montes
Oculta en albo tul,

LXIII

Mi madre, que es mi vida,
 Mi dulce desvarío,
Mi padre, que en la tumba
 Durmiendo se quedó,
Apenas el recuerdo
 Lució del ángel mío,
¡Ay! todo, presto, presto,
 Rodó por el vacío,
Y en mi alma solamente,
 MARIA dominó...

LXIV

Sintiendo el acicate
 Peremne que le acosa;
No corre, sino vuela
 El ágil alazán:
Y salvo, en un momento,
 La cúspide escabrosa,
El llano solitario,
 La pampa silenciosa,
Ardiéndome en el pecho,
 Amor como un volcán.

LXV

Después de muchas horas,
 Distingo en las alturas,
Los blancos campanarios
 De forma colosal;
Y calles y edificios
 En medio á unas llanuras,
Y casas de variados
 Caprichos y figuras,
Y verdes arboledas
 Sombreado un arenal.

LXVI

Circuye este paisaje,
 La abrupta cordillera,
Que ostenta un manto regio
 De blanco y terso tul:
La patria de MARIA,
 Riobamba, en la pradera
Parece, entre la fronda,
 Matrona prisionera,
En cárceles de plata
 Con bóbedas de azul.

LXVII

Al ver el panorama
 Que siempre hube soñado,
Fuí presa, en ese instante,
 De una ansiedad febril.
Mi bruto, la jornada
 Termina apresurado
Y llega hasta los lares...
 Jadeante y fatigado,
En donde me esperaba
 La diva más gentil.

LXVIII

Un arco entretegido
 De flores perfumadas,
En torno de la puerta
 MARIA, me formó...
De sus ardientes ojos,
 Las lánguidas miradas
Estaban de indecible
 Ventura saturadas,
La tarde, en que temblando,
 La virgen me abrazó.

LXIX

¡Cuán dulce mi sorpresa!:
La niña triscadora,
El ángel que en capullo
Guardaba su esplendor,
Aquel botón hermoso
De flor fascinadora
Que en el cerrado cáliz
Virtudes atesora,
Bañadas por el tinte
Del púdico rubor;

LXX

Hoy ya, de su belleza
Los pétalos fragantes,
La brisa de los años,
Abiertos, dejan ver;
Hoy ya, de su escultura
Los rasgos arrogantes,
Asomos dan de aurora
Que muestra, palpitantes,
Las gracias y el donaire
Del sol de la mujer.

LXXI

Sus ojos habladores,
Guarida misteriosa
De sombras espesadas,
Del iris con la luz;
El arco de su frente
Serena y candorosa;
Su ceja de azabache
Risueña y maliciosa;
Su cuello lácteo, ornado
Con cinta y negra cruz;

LXXII

Su espesa cabellera
Que forma en su camino
La oscura catarata
De anillos que se están
Hirviendo en las espaldas
Y el seno alabastrino,
Cual ondas tumultuosas
De inquieto remolino,
Que saltan y se esconden,
Que vienen y se van,

LXXIII

× Su rostro delicado,
En donde Amor fabrica
Los tintes de la rosa
Y el blanco del clavel,
Su boca, cuyo fuego
Modera y purifica
La hilera de esos dientes
Que hechizos multiplica,
Mostrándose en sus labios
En cándido tropel,

LXXIV

La comba de ese seno,
—Alcazar de los dioses—
Que suele á los mortales
De anhelos vilocar;
¡Ah! todos, al momento
Juntáronse veloces,
Y en forma desbordada,
De alud de inmensos goces,
Un mundo de venturas
Me hicieron vislumbrar.

LXXV

× Quedéme sin sentidos,
Y en ese aturdimiento
No sé cómo, ni cuándo
Ante *ella* me arrojé:
Que mudos y abrazados
Lloramos de contento,
Y que en las blandas alas
De un suave arrobamiento,
Volamos de este mundo,
Es lo único que sé...

LXXVI

Con dulces gorgoritos
Que hartaban de armonía,
La vida de sus lares,
Narrómela después:
Me dijo que mi imagen
Patente la tenía,
Si estaba ella despierta;
En sueños, si dormía;
Alegre y picotera
Cual lo era en la niñez.

LXXVII

Que al hielo de la ausencia
Su fe se marchitaba...
Cual tierna sensitiva
Que el aura maltrató;
Que no iba ni por flores;
Que sólo se pasaba
Formando, de recuerdos
Un cielo, en donde hallaba
Radiante de ventura,
Su Dios... ¡y que era yo!

LXXVIII

✕ Rompiendo mi silencio,
 Y en frases temblorosas,
 Mi verbo entusiasmado,
 Al fin dejóse oír:
 Le dije mil cariños,
 Le dije ¡cuántas cosas,
 Mi labio enamorado
 Brotar supo, amorosas,
 Cual alba de esperanzas
 De un bello porvenir...!

LXXIX

† Si fuimos, cuando niños,
 Dos séres, en el suelo,
 Felices como nadie,
 Sin sombras de aflicción;
 Pasado, de la ausencia
 Tremenda, el hondo duelo,
 De jóvenes, sentimos
 La vida como un cielo
 Repleto de caricias,
 De amor y de ilusión.

LXXX

✕ ¡Felices!...por la dicha
 Vivimos arrullados:
 Mi nombre era su culto,
 Su amor, mi religión.
 ¡A mutua idolatría,
 Tan sólo consagrados!...
 ¡Oh tiempos venturosos,
 Fugaces y pasados,
 Aun hoy como rocío,
 Mojáis mi corazón!

LXXXI,

✓ De tarde y de mañana,
 Solícitos y ufancs,
 Nos íbamos al huerto
 Jurando eterna fe...
 En prenda, mi MARIA,
 Besábame las manos;
 Y yo le revelaba
 Recónditos arcanos,
 Que tímido hasta entonces
 Quizá los oculté.

LXXXII

(*) —¡Oh luz de mi cerebro!,
 Te quiero para esposa;
 Si es noche la existencia
 Se tú mi luminar:
 Pasemos de este mundo
 La senda misteriosa,
 Alegre yo á tu lado,
 Tú siempre cariñosa;
 ¡Yo el alma de dos cuerpos,
 Tú el alma del hogar!

XXXXIII

—Crecimos, mi REINALDO,
 Cual suelen en el nido,
 Las aves inocentes,
 Amándose, crecer;
 De ser tu compañera,
 Mi ardiente sueño ha sido,
 Me dijo, con el rostro
 Chispeante y encendido;
 No sé si de vergüenza,
 No sé si de placer.

(*) Reminiscencia de Acuña,

LXXXIV

Consúltale á mi madre;
 Consíguele, bien mío,
Consienta nos juremos
 Amor ante el altar...
Si aquello es tu esperanza,
 Si ese es tu desvarío;
Aquí, mientras vivamos,
 Sólo el sepulcro frío,
Robándonos la vida,
 Nos puede separar...

LXXXV

Con labio balbuciente
 Bendije la promesa
Que abiertas, me mostraba,
 Las puertas del Edén.
Venciendo mis temores,
 Venciendo mi flaqueza,
Temblando de recelo
 De pies á la cabeza,
Temiendo ser el blanco
 Quizás de algún desdén;

LXXXVI

6 Resuelto, ante la madre,
 Me voy, de mi MARIA,
A hablarle de la boda,
 La boda á preparar;
Y luego que en presencia
 Me estuve de mi tía,
Mi corazón cobarde,
 Violento me latía,
Y un nudo en la garganta
 No me dejaba hablar.

LXXXVII

El poético discurso
Que supe de memoria,
Las frases convincentes
Y todo me olvidé.
Lo duro de lo hermoso
Y bello de la historia
De un par de enamorados,
Es esa petitoria
De enlace, á que á una niña,
De esposa se nos dé...

LXXXVIII

No sé si conturbado,
No sé si dulcemente,
De mi gentil MARIA,
La mano le pedí;
Entonces la señora,
Me acuerdo solamente,
Que, medio sonreída,
Bajó la adusta frente,
Y accede á mi demanda,
Por fin diciendo *sí*.

LXXXIX

El sí tan elocuente,
Mis dudas, mis temores,
Mis ansias infinitas,
En goce los trocó;
El sueño venturoso
Y azul de mis amores,
Con todos sus encantos,
Con todos sus primores
—Aurora de esperanzas—
En mi alma fulguró.

XC

Frotándome las manos,
¡Soy novio me decía,
Chispeándome el semblante
De insólito placer.
Que goce como gozo,
Que sienta mi alegría,
La estrella de mis noches,
Mi singular MARIA,
Sabiendo que mi esposa
En breve ella ha de ser.

XCI

Le dí la grata nueva
Con poética parola,
Diciéndole que iríamos
Muy pronto ante el altar...
Al oirme, sus mejillas
Tornaron de amapola,
Y llena de ventura,
Luciendo una cabriola,
¡Un mundo de mil cosas
Me dijo sin hablar!...

XCII

De acuerdo la familia,
El traje de la boda
Y el fino y blanco velo
Volando se alistó,
Según las rigurosas
Lecciones de la moda;
Se puso en movimiento
Por mí, la casa toda,
Y el nido, el casto nido
Allí nos esperó...

XCIII

Ya en vísperas, me dijo
 La astuta de mi tía:
 Tu padre, mi RIENALDO,
 Sus bienes no testó;
 Es fuerza que á tu casa
 Te vuelvas, y en un día
 Arregles su mortuoria;
 Después, á mi MARIA,
 Gustosa y para siempre
 Confiarte sabré yo.

XCIV

✕ ¡Qué dura pesadumbre!
 ¡Qué pena!, ¡qué tormento
 Tener que separarme;...!
 Mas tuve que partir:
 Nos dimos, con mi novia,
 Ahitos de lamento,
 Abrazos dolorosos
 Y dos y tres y ciento!...
 De triste despedida,
 Emblema del morir...

XCV

♀ Pisé por fin mi pueblo
 —Mi madre me esperaba—
 Después de largas horas
 De rápido correr:
 Cubriéndome de besos,
 Ingrato, me llamaba,
 ¿Porqué te has olvidado
 De mí?, me preguntaba,
 Cegada por el llanto
 Copioso del placer.

XCVI

Los múltiples arreglos,
En sólo una semana,
Sin tregua, ni descanso,
De pronto concluí.
Después...sus bendiciones,
Me dió mi madre anciana,
Y envuelto entre la bruma
Fugaz de una mañana,
Al centro de mis sueños
De nuevo me volví.

XCVII

En torno de la puerta,
De flores perfumadas
El arco, á mi retorno,
¡Qué horrible!, ¡no encontré!
Ni de mi virgen casta
Las dúlcidas miradas,
Luceros que brotaban
Divinas llamaradas,
¡Ay! ¡nada, desgraciado,!
¡Ay! ¡nada, nada hallé!

XCVIII

La casa era un sepulcro
De fúnebre tristura;
El buho de la pena
Grasnaba sólo allí:
Las flores, marchitadas;
Las plantas, sin verdura,
La amante servidumbre
Llorando de amargura,
Fué el cuadro pavoroso
Que á mi regreso ví...

XCIX

Salté de mi caballo,
Y loco y aturdido
En busca de mi novia
Por todas partes fuí.
Con voz acongojada,
Llaméla, enternecido:
¡Y en vano! porque á mi ángel
A mi ángel tan querido,
Acaso, en este mundo,
Por siempre lo perdí...

C

Tembláronme las piernas,
Quedéme emudecido,
Mis ojos se nublaron,
Mi cuerpo vaciló...
Y dando, de despecho,
De cólera un rugido;
Crugiéndome los dientes,
Pregunto enfurecido
¿En dónde á mi MARIA,
Señora, la ocultó?

CI

—Le puse al monasterio,
Es monja carmelita,
Con cínico descaro,
Se atreve á contestar.
Mi amor enfurecido,
Maldice, bufa, grita,
Y en rápida carrera
Se va, se precipita
Al claustro, á su MARIA,
Llamando sin cesar.

CII

La virgen inocente,
Que estaba agonizando
De pena, en su retiro,
Cual cándida torcaz
Que viuda, en la espesura
Del bosque, modulando
Nostálgicas endechas
Se pasa, recordando
Amores que se fueron
A no volver jamás;

CIII

De mis tremendos gritos,
Lo acerbo y doloroso;
Lo rudo de mis ansias,
Allá, en su celda, oyó:
Y herida en lo profundo
Del alma, en angustioso
Dolor incomparable,
Bañada en el copioso
Torrente de sus lágrimas,
Exánime cayó.

CIV

Después, al otro día,
Yo apenas despertaba
Enfermo, del letargo
Mortal de mi pasión;
La cera de las tumbas
Tan sólo respiraba...
Y el fúnebre tañido
Del Carmen, que doblaba
Me dijo, sollozante:
¡Murió tu corazón!...



